

CAPÍTULO VIII

Una visita inesperada

Serían las diez y media de una tibia y luminosa mañana del mes de Julio, la luz, como si se resistiera á penetrar hasta los feos rincones de la mezquina pieza, los dejaba envueltos en una especie de penumbra. Era el cuarto de Amalia y Pacotillas, el estudiante, flaco y pálido todavía, estaba sentado en una de las sillas de tule, delante de la mesa de madera blanca en que apoyaba los codos, y, mientras posaba las sienes en las palmas de las manos, perdíanse los afilados dedos entre la negra y abundante cabellera.

Tenía los ojos clavados en un gran libro que estaba abierto sobre la mesa, y parecía completamente absorto en el estudio. Amalia divagaba por el cuartucho, arreglando la pobre ropa de la cama, alineando en la pared las pocas y desvencijadas sillas, abriendo y cerrando la comodita, ó vigilando el brasero, sobre cuyas incandescentes ascuas hervía, con monótono y grave rumor, el líquido contenido en un grande y ahumado jarro.

El libro, en cuya atenta lectura se engolfaba Pacotillas, era el tratado de Anatomía topográfica de Tillaux, que estaba abierto por la parte en que se describe la región de la axila. Haría media hora que Pacotillas había comenzado su silenciosa tarea, y como la mitad de ese tiempo que su espíritu se había alejado de ella y discurría por otros sitios.

Había quedado muy débil, no podía fijar mucho tiempo la atención; esa mañana quiso hacer un gran esfuerzo de voluntad, se propuso vencer su languidez, y meterse en la cabeza aquel complicado rincón de nuestra fábrica corporal.

Logrólo al principio, ibanse dibujando claramente en su espíritu las sobrepuestas capas de órganos y tejidos, que, con tanta minuciosidad, describen en ese sitio los anatómicos, y procuran los cirujanos grabar en la memoria. Ya iban desenredando la complexa maraña que forman los cordones nerviosos, que se unen, se vuelven á separar, y estrechan con amoroso abrazo á la gruesa arteria que cruza por ahí, para llevar el rutilante líquido hasta los últimos confines del miembro superior.

De súbito comenzó á empañarse la lúcida imaginación del joven, los órganos que estaba estudiando comenzaron á perder sus contornos, y á barajarse y á revolvérsele, pareciéndole mucho más complicados que lo que ya son; detúvose como paralizada la fantasía del estudiante, y se puso á contemplar, sin interés ni deseo de desenredarla, la madeja en que, como en una red, parecía haber caído su inteligencia.

La mente del joven vagaba en una región incolora, por decirlo así, poblada por meros bultos, sin forma precisa ni bien marcadas líneas. El ánimo de Paco se hallaba en un estado semejante al de los estáticos ó al de los indios cuando caen en el singular desfallecimiento del *nirvana*.

Sacóle de su contemplación el contacto de una mano suavísima que le acariciaba la parte posterior de la cabe-

za, oyó una voz fresca que resbaló por sus oídos como cascada de perlas, y pobló de vibrantes sonos los ámbitos silenciosos del alma del joven.

—¿Qué quiere comer hoy, mi *estudiosito*? — decía aquella voz, que no era más que la de Amalia.

—Lo que me des,—contestó el estudiante, clavando en ella melancólicas miradas, y enlazando con el brazo izquierdo la flexible y delicada cintura de la joven.

—¿Qué tienes hoy, Paco?—le dijo Amalia, contemplándole con inquietud;—tú no has quedado bueno, te veo siempre tan triste, tan preocupado, tan absorto; ya tengo ganas de que te rías, te has vuelto muy taciturno, estudias muchísimo y debes aprender prodigiosamente, según el afán con que te clavabas en el libro.

—No lo creas, hijita, tengo la cabeza muy débil; cuando me hablaste ya no estudiaba, ni pensaba en nada absolutamente. Es muy raro lo que me pasa: al abrir el libro siento en mi inteligencia la frescura y la vivacidad de mis mejores tiempos; todo lo comprendo, todo lo veo claro y distinto como si estuviera de bulto; pero pasa un rato y mis facultades parecen suspenderse y ya no puedo comprender ni discernir nada. Yo creo que ha de ser debilidad.

—Sí, eso ha de ser; tú no haces por reponerte, deja el libro, ¿por qué no vas á dar una vuelta? Siempre estás metido aquí, siempre con el libro en los ojos, no ves á nadie, no hablas con nadie; ni conmigo,—añadió en tono de dulce reproche,—ya ves qué trabajo me cuesta sacarte las palabras; pues qué, ¿ya no me *quele*?

Y cogió con ambas manos la cabeza de Francisco, sa-

culdiéndola ligeramente, y aproximó al rostro del estudiante el suyo, fresco, infantil, radiante, encantador. Paco besó las sonrosadas mejillas de la niña, sonrió y le dijo con ternura:

—¿Cómo no te he de querer? cuando tu cariño es lo único que me sostiene en la vida; si no te viera cerca de mí, si no vagaras en torno mío, si no oyera el ruido de tus pasos, el rumor de tu vestido, ó tu voz que tantas sonoridades tiene para mí, creo que, hundiéndome poco á poco en el negro abismo de la melancolía, me extinguiría como la llama que se apaga por falta de pábilo. ¡Qué ocurrencias tienes, hijita! ¡Cómo no te he de querer si me das la vida, si eres mi aire, mi luz, mi todo!

Y al decir esto estrechó con más fuerza la cintura de la muchacha, y su rostro se animó, como si en su ser se hubiera encendido una llama interior.

—Pues entonces ¿por qué estás tan triste?—le dijo Amalia,—cuando te veo tan cabizbajo, tan melancólico, se me figura que te aburres en mi compañía, que te has fastidiado de mí, que anhelas algo que yo no soy ni puedo darte; y esa idea me oprime el corazón y me hace sentir unas cosas que sólo tú, con tu mucho talento y tu piquito de oro serás capaz de explicar.

—No seas tontita, desecha esas ideas; lo que me entristece y preocupa es nuestra situación angustiosa. No me aflige lo que yo sufro, sino lo que sufres tú; yo encontraría deleite en los tormentos más espantosos si fueran sólo para mí; pero tú lo compartes todo conmigo; ¿cómo no me ha de entristecer ver que trabajas todo el día, que con tus manecitas delicadas y tu cuerpo fino y débil, te

entregas á tareas que rendirian á la india más tosca? Cuando pienso todo esto, siento contra mí una cólera ciega, me humillan y avergüenzan mi poco valer y mi estéril esfuerzo. Esas reflexiones son la única causa de mi abatimiento, se me figura que no te merezco, y hasta creo que hubiera valido más que no te hubieras encontrado conmigo, ni te hubieras asociado á mi negro destino. ¡Ojalá! Que ya que la suerte me es tan contraria, acabara de una vez conmigo, quizá así vivirías tranquila y tendrías probabilidades de ser feliz alguna vez.

—¡Ay, Paco! ¡Qué cruel eres! Parece que no me conoces. Tú sí que eres tontito y malo conmigo; déjate de tonteras y vamos á pensar en cosas gratas: ¿quieres que te cuente el sueño que tuve anoche? Pues soñé que te habías recibido, que eras muy estimado de las gentes, muy caritativo con los pobres; que estabas muy contento y te sentías muy feliz, porque eras muy bueno y me querías muchísimo, como nunca.

Y la niña, al terminar su frase, clavó en Paco los grandes, serenos y expresivos ojos, humedecidos á influjo de la ternura que rebosaba en su corazón; el joven contento ya y disipada completamente su melancolía, jugó con la dorada y sedosa cabellera de Amalia, le oprimió el talle, le besó la hermosa carita y exclamó:

—¡Qué buena eres! Ya ves que bien curas mis tristezas; volviendo á tu sueño, te diré que su última parte es muy cierta, porque te quiero como nunca; la primera, aunque no es cierta aún, puede llegar á serlo alguna vez, pues almas como la tuya quizá vislumbren el porvenir. Tienes razón, soy un tonto, no debo afligirme;

mira, hijita, ya llevamos más de tres años de conocernos y á mí me parece que nos conocimos ayer, y ¿á tí?

—Pues á mí se me figura que nos conocimos hace un ratito, y por otra parte, se me figura que nos hemos conocido toda la vida.

—¡Bien dicho! ¡Vaya una respuesta! Y te empeñas en sostener que eres tonta y que yo tengo talento; pues en esta vez yo hablé como un necio, y tú como una doctora: ¡ni Santa Teresa!

—¡Burlón, burlón, burlón! —exclamó Amalia tratando de hacer callar á su amante, y tapándole la boca con la mano.

Estaban muy contentos: la tristeza del joven se había convertido en festivo entusiasmo, estaban muy juntitos, acariciándose, bromeando, charlando, riéndose y jugando. De repente se estremecieron y turbaron como chiquillos sorprendidos en vedado juego; habían llamado á la puerta y estaba de pie en el dintel, un caballero alto, delgado, grave, vestido de negro, de bigote cano; que, con el sombrero de copa en la mano y haciendo una cortesía, preguntaba:

—¿Vive aquí el señor don Francisco Téllez?

Paco se incorporó, visiblemente turbado. Amalia llena de rubor corrió á un rincón del cuarto, como si tratara de ocultarse.

—Mándeme usted,—dijo Paco, saliendo al encuentro del desconocido.

—Deseo, si usted me lo permite, tener la honra de hablar con usted un rato, para tratar un asunto de importancia.

—La honra será para mí, caballero; sírvase usted pasar y tomar posesión de su pobre casa.

El desconocido se adelantó llevando el sombrero alto en la mano. Amalia estaba muy mortificada, Paco la presentó como su esposa, la joven inclinó la cabeza llena de turbación; Paco buscó entre las pocas sillas la menos maltratada y ofreció asiento al caballero, después de quitarle de la mano la chistera y de ponerla en otra silla.

—Sentiría mucho haber molestado,—dijo el caballero, que parecía sorprendido, y que, disimulando lo más que podía, se fijaba con asombro, ya en lo pobre del cuarto, ya en la bella figura de Amalia.

—Está usted en su casa,—dijo el joven contestando al cumplimiento de aquel personaje,—y siento en el alma que, por su pobreza, no sea digna de recibir á usted; toma asiento, hija mía,—agregó dirigiéndose á Amalia, la cual tomó otra silla y se sentó junto á Paco.

—Pues señor, contando con que usted me perdonará el atrevimiento de haberle venido á sorprender en su retiro, comienzo por ofrecerme á las órdenes de usted como su humilde servidor, Marcos Sepúlveda y Ayestarán, director y propietario del periódico llamado *El Independiente*.

Pacotillas no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, conocía mucho de nombre á aquel caballero, y había leído muchas veces el periódico de que se le hablaba, que siempre le había parecido publicación muy sensata y recomendable.

—Mucho gusto tengo, señor, en conocer á tan distinguida persona,—contestó haciendo una cortesía;—y su-

plico á usted se digne darme sus órdenes para que yo me apresure á cumplirlas con el mayor gusto.

Amalia estaba confundida, no quitaba la vista de aquel caballero tan bien vestido, de modales tan pulcros y urbanos, que dirigía á Pacotillas miradas de admiración y le trataba con la misma deferencia que si Paco fuera un personaje empingorotado y poderoso. También la divertía mucho la gravedad de Pacotillas y su refinada cortesía; la verdad, no lo creía tan bien criado.

—Mi objeto al venir á importunar á usted,—dijo don Marcos,—es suplicarle tenga á bien honrar mi periódico aceptando el cargo de boletínista.

Si hubieran presentado al joven un saco, repleto de diamantes de Golconda y perlas de Ceilán, hubiera quedado menos absorto que con aquella proposición inesperada.

—¡Señor!—contestó, disimulando mal su turbación,—es mucho honor el que usted me hace, lo agradezco en el alma; pero carezco de méritos para poderlo aceptar en conciencia.

—Me place esa respuesta, joven, me demuestra que la humildad y la modestia de usted dan mayor realce, si cabe, á las selectas prendas que le adornan.

—Señor, usted me confunde.

—No hay motivo, al dirigirme á usted sé con quién hablo, he recogido muchos y muy diversos informes sobre su persona y todos le han sido favorables. Llevo cerca de un mes de oír hablar de usted, los primeros rumores llegaron á mí sin que yo los buscara, conversando de asuntos indiferentes y me llamaron mucho la

atención; volví á oír hablar de usted, y mi curiosidad fué despertándose poco á poco, hasta que llegué á ser yo el que preguntaba por usted, tomándome esa libertad; y me dieron tantas y tan ventajosas noticias, que formé el propósito de venir en persona á sorprenderle en su modesto retiro y á hacerle el ofrecimiento que le he hecho, y que de nuevo reitero, esperando de su bondad se digne aceptar.

Amalia estaba encantada, oía con deleite aquellas frases tan lisonjeras que halagaban su enamorado corazón. ¡Con que al fin hacían justicia á su Paco, con que al fin reconocían su mérito, con que aquel caballero tan distinguido, venía á llamar humildemente á las puertas de la choza, en que se albergaba el mérito desconocido y desdenado! Cuanto le simpatizaba aquel anciano, al oír sus frases corteses, que ella tomaba á la letra, sentía ímpetus de acariciarle la encanecida cabeza y besar su frente con gratitud filial.

—Señor, — contestó Paco muy mortificado, — me halaga mucho estar tan bien conceptuado, no lo esperaba en verdad; mas no creyendo en conciencia poseer los méritos que se me atribuyen, temo que los buenos informes, que usted recibió de mí, se deban sencillamente á la benevolencia de las personas que los dieron; y que, al aceptar el honroso ofrecimiento que usted me hace, demostrara yo mi nulidad, y me expusiera á perder la alta opinión en que usted me tiene y que en extremo me lisonjea.

—No lo tema usted, joven. Me han referido que usted ha luchado y lucha á brazo partido con el destino, que

es usted jefe de familia, que está usted unido á una joven muy hermosa y de las más singulares dotes, que agobiado por la miseria, la sufre usted con dignidad, sin desviarse, para evitarla, del camino recto; que es usted muy firme en sus opiniones, que fué usted solicitado para escribir en un periódico difamador y rechazó la proposición; que escribió usted en la *Bandera del Progreso*, viendo con disgusto la marcha política de ese periódico y separándose al fin de su cuerpo de redacción. Tales son los informes que tengo de usted. ¿Son falsos?

—Debo confesar que no, pero en nada de eso hay mérito, ni mucho menos mérito extraordinario; si estoy en la miseria no es por mi gusto, sería rico de buena gana; si no quise escribir en el periódico de que usted hablaba, es porque me repugna la diatriba; con que ya ve usted que no hay nada notable en todo eso, para obrar como he obrado no he tenido que consumir heroicidad ni hazaña alguna, sino proceder con la mayor sencillez y facilidad.

—*Per me laboras*. Precisamente las almas bien nacidas hacen el bien sin esfuerzo, sin creer que contraen mérito y casi sin advertirlo. Ya veo que no me engañaron, ahora repito mi pregunta: ¿acepta usted mi proposición? Mi periódico es liberal, hace una oposición razonada y sensata, moderada en el lenguaje, que respeta á las personas y sólo ataca los abusos. No me vaya usted á decir que no está versado en el estilo periodístico, que no se ha dedicado á la política militante, en fin, que no tiene práctica; lo sé y así me acomoda, nadie nace enseñado; además, mi periódico no tergiversa las cuestiones; al contrario,

las trata con la mayor sencillez, mientras más claro mejor. Ahora me tomo la libertad de volver á preguntarle si se digna aceptar mi proposición.

—Fuera necesidad de mi parte rehusar tanto honor. Ya que usted se sirve admitirme con todas mis imperfecciones, con todas mis nulidades, no me queda otra cosa que hacer, que esperar sus respetables órdenes.

—Las de usted aguardo, ameritado y condescendiente joven, — dijo don Marcos, con un acento en que rebosaban adunadas la gratitud, la cortesía pulcra y la acariciadora amabilidad, para saber hasta cuándo durará la viudez de mi publicación.

—No tiene usted más que despegar los labios.

—Pues en tal caso, si usted no lo juzga exigencia, le estimaría mucho que desde mañana comenzara á desempeñar sus funciones, para lo cual, le ruego, tenga la bondad de pasar á la redacción á las nueve de la mañana; en cuanto á honorarios cobrará usted sesenta pesos mensuales, sueldo, que dentro de tres meses, subirá á ochenta, ¿le conviene á usted?

—Eso es para mí lo de menos, señor, — contestó Paco con mortificación.

—Aunque estamos á 6, deseo, para simplificar las operaciones de la caja, que le corra á usted su sueldo desde el día primero, y me tomo la libertad de poner en sus manos la primera mensualidad.

Apenas tuvo tiempo Pacotillas de murmurar: ¡señor...! pues ya don Marcos se había puesto en pie, y, echando mano á la faltriquera de la negra y cepillada levita, sacó una cartera, y, abriéndola, tomó de ella tres billetes de

banco de á veinte duros que, haciendo una cortés inclinación, presentó al muchacho. Los ojos de Amalia se abrían desmesuradamente, encantábale cada vez más aquel caballero tan atento, tan urbano, tan liberal; divértiale la cortedad de su compañero, que ya se había puesto en pie, y tomando los billetes con mucha mortificación, balbucía:

—No corre prisa, señor.

Cambiáronse todavía algunos cumplidos, en seguida, el caballero aquel, pretextando quehaceres urgentes, y manifestando temores de turbar con su presencia las solitarias meditaciones del joven, y las faenas domésticas de Amalia, se despidió, muy prendado á la verdad de su nuevo boletínista.

Apenas quedaron solos, Amalia se puso á reír, á brincar y á bailar como una loca; echó los brazos al cuello de Pacotillas, le besuqueó mejillas, ojos y frente, y, vertiendo su infantil y regocijada charla, ya en el uno, ya en el otro oído de su amante, le dijo:

—Ya lo ves, aburridito mío, ¿no te lo decía yo? ya ves cómo la buena suerte viene á buscarte. ¡Qué señor tan respetable, tan simpático! y ha de ser muy honrado, muy bueno, ¡vaya! eso se conoce luego; qué diferencia va de él al horrorosísimo del General López, con aquella cicatriz, con aquellos ojos bizcos; ¡Jesús, qué feo, así ha de ser el diablo!

Y la joven se echó á reír, llenando la estrecha pieza con las sonoras notas de una fresca y jovial carcajada.

—Pero ámate, hombre, — agregó contrariada porque Paco no participaba de sus transportes, — ¡qué frío te has vuelto! ¿que no estás contento? ¿que no me quieres ya?

—Estoy muy contento y te quiero mucho, pero mi genio es menos vivo que el tuyo; además, los continuados sufrimientos y las estériles y prolongadas luchas me han adormecido, haciéndome emplear mis energías *en pura pérdida*, como dice un profesor mío, que habla un chapurrado de francés y español. Dices bien,—agregó animándose repentinamente, — empieza para nosotros una nueva era, gracias á Dios que nos sale el sol, y, á propósito, —añadió asomándose á la puerta, — mira qué día tan hermoso, qué luz tan deslumbradora, qué cielo tan puro. Vamos á tomar parte en la gran alegría de la naturaleza, vamos á solemnizar el fausto suceso, dejando este cuartucho feo en que hemos sufrido tanto; hoy somos ricos, concedámonos un día de campo, vámonos á Tacubaya á hartarnos de luz, de aire, de panoramas campestres; anda, hijita, en marcha;—y terminó, mostrando en su entonación, miradas y ademanes, una exaltación extraordinaria.

—Tú estás loco, — le dijo Amalia riendo con el mejor humor, — ¿no ves en qué facha estoy? ¿qué diría don Marcos, si se encontrara á su boletinista dando el brazo á esta cocinera, harapienta.

—Es verdad, — dijo Pacotillas, — pero el dinero todo lo allaná; por fortuna tus botines están regulares. Saca de entre tus trebejos el rollo de billetes negativos, y busca el de alguno de tus vestidos, que más en armonía esté con la estación; por ejemplo, aquel de muselina floreada, para que parezcas un florido mayo; y yo, con más rapidez que el pensamiento, iré á rescatar esa cara prenda, librándola de las inflexibles garras de sus crueles detentadores.

—Pero ¿cómo has de ir tú, hombre?—dijo Amalia, volviendo á reirse.

—Lo mismo que fui á empeñarla, digo mal, iré con más gusto; pues voy á sacar esa prenda tuya de la mazmorra en que gime, lo cual es tanto como sacar una ánima del purgatorio.

—Vaya, pues si te empeñas..., ve al empeño. ¡Todo un señor boletinista, futuro médico y de tanto talento, venir por ahí con un bulto debajo del brazo, qué facha vendrás haciendo!

Con el mejor humor del mundo sacó Amalia de su comodita un abultado rollo de boletos de empeño, y, después de sentarse, deshizo en las faldas el grueso lío. Paco, de pie junto á ella, la contemplaba cariñosamente; Amalia pasó revista á aquellos antipáticos documentos, no sin hacer sobre cada uno comentarios como éstos:

—¡Ay! Paquito, mira los aretes que me regalaste aquel día de mi santo; ¡ay! ya se van á perder. Mira, hijito, el anillo con fecha que me diste en un aniversario, también se va á perder ya; ¡pícaros gachupines! no prestar más que cuatro reales por una prenda, que, para mí, vale más que un tesoro.

Por fin pareció la papeleta buscada. Pacotillas la tomó, y en un santiamén estuvo de vuelta. Ya Amalia se había arreglado, como que su tocado era muy sencillo: bañar en agua fresca la carita de rosa, alisar los rubios y finos cabellos; no le faltaba más que cubrir el hermoso cuerpo con el recién rescatado traje, lo cual estuvo hecho en un periquete.

Con aquel traje sencillo, Amalia estaba encantadora, y

hubiera dado envidia á más de cuatro empingorotadas damas, que, después de tres horas de tocador, salen con la cara *atestada* de menjurjes, la cabellera frita en aceites y el traje recargado de adornos y perifollos.

Menos tiempo aún necesitó Paco para arreglarse; él siempre estaba listo: el sombrero alto, erizado y cubierto de polvo, el traje también empolvado y puesto del peor modo, eran, para él, la última moda. Amalia no pudo menos que decirle:

— ¡Jesús! estás *revolcadísimo*, déjame darte una cepillada. Ahora sí que voy á sacudirte el polvo, — añadió riendo.

Y luchando con la impaciencia de su compañero, remedió, lo mejor que pudo ella y él consintió, las más visibles imperfecciones del vestido de Pacotillas.

Por fin salieron. Era cerca del mediodía, el cielo, de una limpieza extraordinaria y de un azul deslumbrador, se desarrollaba sobre la superficie de la tierra como inmensa cúpula de turquesas; el sol, muy próximo al cenit, semejaba la clave de oro de la inmensa bóveda y derramaba deslumbrantes y abrasadores rayos; las aceras no daban sombra en el suelo, caldeado por el incandescente resplandor, reverberaban los rayos solares; la atmósfera estaba enteramente tranquila, la erguida chimenea de una fábrica proyectaba á grande altura vertical y de la columna de humo; por las calles discurría la multitud indiferente y alborotadora.

Los amantes, con el alma henchida de júbilo y bañados por las doradas ondas de la luz, se acomodaron en un wagón de los que, al tirar de dos robustas y bien azota-

das mulas, hacen la caminata de Tacubaya; quejáronse del calor, manifestaron temores de que por la tarde, nuestro cielo, variable como el humor de una mujer hermosa y adorada, les aguase la fiesta con uno de esos chaparrones de padre y señor mío. Vieron pasar en rápido desfile los arcos del acueducto, que parecían correr como alineados gigantes de piedra, la maciza construcción de la ciudadela mostró sus costados grises, y las casas que á toda prisa se construyen, por el lado del paseo, ostentaban sus caprichosas líneas; después, saludado por laudatoria exclamación de Amalia, se dejó ver asentado en su sitio de piedra el castillo de Chapultepec; media hora después, los amantes restauraban sus fuerzas, saciando su buen apetito en una fonda de la ciudad de los Mártires.

El tiempo, por raro capricho, estuvo sereno; cuando el sol se iba á poner, la feliz pareja contemplaba desde el castillo de Chapultepec el hermoso panorama de nuestro valle encantador; sus miradas se clavaban con deleite en las cordilleras pintorescas que, formando extenso anfiteatro, le cierran por todas partes; en los volcanes, envueltos en su capuchón de nieve; en el lago, desarrollándose como azulada y ancha cinta; en la gran ciudad, que, como irregular manchón gris, se destaca en el centro del panorama; en los caseríos pintorescos, en las verdes praderas, en las calzadas rectilíneas, y en el cielo, que desarrolla sobre tantos prodigios, el sin par de su tersa y azul concavidad.

El sol se puso, siguió el breve crepúsculo, estrellas diminutas comenzaron á cintilar tímidamente, rasgando

los finísimos *tules* del cielo. Los amantes, llenos de felicidad como el panorama de belleza, se resolvieron á bajar del privilegiado cerro, para tomar el camino de sus desdenados penates; al llegar al pie de la pintoresca escalinata, hallándose enteramente solos, se dieron un abrazo estrecho, y, con los trinos de las gárrulas aves que charlaban entre los viejos ahuehuetes, fué á mezclarse, como la nota saliente de aquel concierto vespertino, el ruido de un beso, que había estallado entre dos bocas enamoradas.

CAPÍTULO IX

El nuevo boletínista

Aquel lugar convidaba á la meditación: las grandes dimensiones de la pieza, su mueblaje severo y un poco anticuado, los gruesos y oscuros cortinajes que atenúan la matutina luz, el silencio solemne, interrumpido sólo por el acompasado y monótono tic tac de una gran péndola, eran otras tantas condiciones propicias al numen austero que inspira las reflexiones y dicta las frases sentenciosas.

Tal sitio era la pieza que, en la redacción de *El Independiente*, estaba destinada al editor y director del periódico, el grave y severo don Marcos, y al boletínista, el taciturno y melancólico Pacotillas.

La gente menuda de la redacción, los gacetilleros, el cronista, los correctores, los *repórteres*, ocupaban otra

pieza más iluminada, más bulliciosa, menos severamente decorada, que una especie de pasillo separaba de la anterior.

A la pieza de la gente menuda se entraba sin miramientos, en ella se charlaba, se chacoteaba y se reía; era accesible al público, y á su recinto penetraban los ruidos de la calle, sin que pesadas colgaduras les estorbaran el paso, ni los amortiguaran las gruesas alfombras.

La pieza de don Marcos era la mansión de las ideas levantadas, que aman la media luz; era, por decirlo así, el cráneo de la redacción, y en su retirada y discreta cavidad encontraban el más tranquilo albergue don Marcos y Pacotillas, que, siguiendo nuestra metáfora, venían á ser el cerebro de la redacción.

Adornaban las paredes de aquella sala grandes cuadros, que, circunscritos por ancho y dorado marco, y suspendidos por gruesos cordones de seda, llamaban la atención de los que en la sala penetraban, y acentuaban más el sello de gravedad propio de aquel recinto. Algunos de estos cuadros eran retratos de personajes que han merecido bien de la patria ó de la libertad de los pueblos, otros representaban culminantes sucesos de la historia de las naciones modernas.

Entre los retratos se destacaba, ocupando el puesto de honor, el indispensable de Juárez; era un busto al óleo de bastante mérito, que retrataba al vivo las típicas y acentuadas facciones de nuestro célebre repúblico. A la derecha mostraba el Nigromante su tez bronceada, su despejada frente de pensador, su mirada viva y los rasgos finamente irónicos de su fisonomía. A la izquierda de